

# ESTUDIOS y NOTAS

## TRES CONCEPTOS ANTIGUOS EN EL MUNDO MODERNO: EL TRABAJO, EL TIEMPO, EL OCIO

(Conclusión)

### III. «EL OCIO»

En el mundo moderno no hay tiempo, parece ser, lo que es una ironía, ya que el tiempo, fué una de las justificaciones políticas de ese mundo.

Los filósofos de la democracia tenían la esperanza de que, a pesar de lo desagradable del trabajo de la fábrica, las máquinas regalaran al hombre tiempo libre. Los trabajadores podrían aprovechar este regalo empleándolo para estudiar o entregarse a la política. El protagonista de esta escena fué John Stuart Mill, el filósofo más influyente de la democracia.

El tercer cuarto del siglo XIX fué el gran período de la industria y el comercio ingleses. Debía parecer entonces que las máquinas estaban aquí para siempre. Mill pensaría que había muy poco que hacer para avivar la adormecedora rutina del trabajo de fábrica, pero indirectamente se podía hacer mucho. En el tiempo que no trabajaba el hombre podía dedicar su tiempo a la política. Allí aprendería la cooperación, agudizaría su ingenio en las discusiones y nacería en él un sentimiento de responsabilidad local y nacional. Si el hombre votaba o actuaba como jurado en un juicio u ocupaba un cargo en la Administración local, sus nuevos contactos le harían desarrollar su inteligencia y despertaría su sentido moral. Más allá de la política había la posibilidad de entrar en asociaciones voluntarias, lo que sacaría al hombre del estrecho círculo de la persona y la familia.

Para guiar al hombre hacia estos útiles objetivos la primera medida que había que tomar era extender el sufragio, lo que le llevaría a votar y a interesarse por la política; tras el interés vendría la participación, que en sí era una forma de educar al ciudadano. El trabajo era una rutina, pura satisfacción de las necesidades diarias, y no aquello en que el trabajador ponía su pasión. Ni el producto ni el proceso de su trabajo elevaba sus mentes por encima de los

seres comunes, ni les incitaba a leer libros, ni les acercaba a los círculos culturales. El solo hecho de dar a un hombre algo que hacer para la colectividad supliría casi todo lo que le faltaba. «Tenemos la prueba de esto, escribía Mill, en cada página de nuestro gran historiador de Grecia.» Su modelo era Atenas. El tiempo de descanso había que dedicarlo a la «polis». El participar en la política, señalaba Mill, «elevó el nivel intelectual del ateniense medio mucho más que ninguna otra actividad lo haya elevado en ninguna masa humana, lo mismo antigua que moderna».

Desde los días de Mill los educadores se ven influidos por la posibilidad de explotar la máquina, de aprovechar el tiempo libre que proporciona para educar políticamente a la gente. Hemos visto ya que la máquina no se deja explotar, y es más, que ha elegido para sí el papel de explotadora. El hombre moderno no dispone de gran cantidad de tiempo libre, pero ¿qué pasa con ese tiempo libre disponible? ¿Se está empleando como Mill esperaba?

Si nos asomamos al escenario de la América de hoy encontraremos que la gente, cuando no está en su trabajo o haciendo algo estrechamente ligado con el trabajo, hace lo siguiente: Ver la televisión, reunirse con amigos o parientes, arreglar el jardín, leer el periódico, leer libros, dar una vuelta en el coche, oír discos, ir a las reuniones u otras actividades colectivas, trabajar en «hobbies» tales como la carpintería o el hacer punto, ir a cenar fuera. Son estas las diez actividades más frecuentes, en orden decreciente. Las diez que las siguen son: practicar algún deporte; jugar a las cartas, al ajedrez. etc.; andar por los almacenes; cantar o tocar algún instrumento; ir al cine, a acontecimientos deportivos, a bailes, al teatro o a los conciertos; seguir algún curso técnico o ir a la escuela para adultos.

La actividad que más tiempo consume de todas éstas es, con mucho, la televisión. Tres cuartas partes de la población masculina entre los veinte y los cincuenta y nueve años vuelven a sus casas del trabajo a las seis y se quedan allí toda la noche. Lo más normal en cualquier hombre o mujer sin diferencias de clases es poner la televisión dos o tres horas antes de irse a la cama.

El habitante del mundo moderno tiene más respiro que las horas de la tarde. Tiene el fin de semana. No es la tan famosa semana inglesa, ni siquiera son los dos días libres en que una vez se pensó, pero, con la ayuda del automóvil, el fin de semana le permite salir de la ciudad. El domingo parece ser el día destinado a las excursiones o a dar una vuelta en el coche. Ocasionalmente se suman al fin de semana una o dos fiestas. Estos tres o cuatro días felices permiten reducir el ritmo general, haraganear algo, a veces hacer un viaje a algún lado, hacer más visitas.

El sábado se diferencia de los demás días de la semana en que algunos hombres no tienen que ir al trabajo. Conducir llevará el mismo tiempo de todos

los días, pero será destinado a hacer la compra para el fin de semana. También se emplea más tiempo en visitas, deportes —ya sea viéndolos, ya practicándolos— y bailes. Se va más a cenar al restaurante o a beber a un bar. Los que no salen de casa pasarán más tiempo ante la televisión o jugando a las cartas, con invitados, etc.; se dedicarán a variados trabajos caseros, probablemente a alguna reparación necesaria; la cocina y las comidas llevarán un poco más tiempo del habitual, posiblemente porque los hombres y los niños hacen la comida de mediodía en casa. Se puede recuperar el sueño atrasado.

El domingo americano está bastante de acuerdo con la teoría del domingo. Sin duda alguna, se descansa más: se duerme por lo menos una hora más, y casi nadie trabaja en ese día. El tráfico, comparado con los días laborables, no disminuye, es el mismo, o, en todo caso, aumenta un poco, lo que indica que, puesto que muy pocos van a la compra ese día, los viajes son para ir a la iglesia, visitar a amigos y parientes, ir al cine, o dar una vuelta. En casa se verá más la televisión, se recibirán invitados, o se leerá, mientras que casi no se trabajará en la casa. Los que no van a la iglesia, e incluso algunos de los que van, juegan o ven jugar más que otros días, y van más al cine, al teatro o al concierto.

Hay otro aspecto del fin de semana en el que el trabajador puede mostrar otra de sus caras y otro aspecto del tiempo libre de hoy. Necesita descanso y una distracción que no requiere esfuerzo o un somnífero, pero para aguantar la rutina del trabajo disciplinado y del cronómetro, necesita también períodos de ruido, turbulencia y la violencia. Otras épocas han reconocido esta necesidad y han proporcionado el carnaval. Otras, campeonatos entre los diferentes barrios de la ciudad. También en la vida del campo se deja sentir la necesidad de una escapatoria de la miopía del esfuerzo diario: las fiestas con su color y alcohol.

En el mundo moderno, en parte quizás por la falta del consuelo de las fiestas, en parte porque el trabajo es menos extenuante y más aprisionador, las noches de los viernes y, sobre todo, las de los sábados llenan los libros de la policía. Se llama diversión al placer de hacer lo que no se puede hacer durante la semana, acostarse tarde, levantarse tarde, emborracharse, pelear, hacerse el jefe, dejarse empapar por el dionisiaco ritmo del jazz... El placer de divertirse es una parte considerable de emplear el tiempo libre del fin de semana. Estas diversiones orgiásticas están perfectamente controladas. El domingo es un día tranquilo y uno se va a la cama temprano. El lunes hay que volver a trabajar.

¿Es esto lo que Mill entendía por ocio? En absoluto. El ciudadano griego ante la pregunta «¿qué hace usted durante su tiempo de descanso?» podría haber contestado fácilmente «estudio política» o «me dedico a la política» o «me preocupo por los asuntos políticos», pero el americano no. El tiempo medio empleado en estudiar o trabajar en política tendría que medirse con un cronómetro.

Incluso si se contara el tiempo dedicado a los aspectos políticos del periódico, e a las emisiones sobre el mismo tema de la radio y la televisión, el entregado a la educación política sería tan poco que no podría compararse con el que se da a los programas musicales.

Quizá si el hombre de hoy tuviera más tiempo libre lo dedicaría a su educación política. Pero no quiere tiempo para ello. Cuando se le pregunta en qué emplearía el tiempo si tuviera más, dice «en ponerme al día en el trabajo de la casa» o «en poder hacer la compra» o «en hacer que vuelvan a funcionar las ventanas del sótano» o «en estar con la familia».

Los americanos no quieren más tiempo para lo que hoy entendemos por política. Tampoco para rezar. Quieren más tiempo para trabajar en casa y estar con la familia, y para divertirse. Nos hace la impresión de que les falta tiempo, no ya tiempo libre, sino cualquier tipo de tiempo.

Mill pensaba en Atenas y fué por ello uno de los primeros que hubo de pagar, en el mundo moderno, por confundir el ocio con el tiempo libre. Ambos son términos importantes, pero difíciles y a los que hay que prestar cuidadosa atención. El tiempo libre es el tiempo en que no se trabaja, tiempo no ligado al trabajo. Debe hacerse notar que esta expresión acentúa la idea de tiempo; separa una unidad de tiempo, libre de trabajo. Descansa en la idea de liberarse de algo; liberación del trabajo.

Esto no es el ocio, es más como la búsqueda del país de Jauja. Las tradiciones de Jauja son muy parecidas en todos los países. Desde los versos de los ciegos cantores a la Big Rock Candy Mountain nos llega un tema muy sencillo, tan semejante en todas partes que resulta gracioso. A quien quiera que se coja trabajando se le romperán las dos piernas. No existe el hambre, ni la sed, ni la vejez, ni el dolor. La ley manda comer, beber y no trabajar. No hay ninguna otra ley. No existen policías que obliguen a trabajar. En la Big Rock Candy Mountain, la Jauja o Cockaigne americana, abundan los árboles de cigarrillos y las fuentes de limonada; las gallinas ponen huevos tiernos; los árboles están llenos de fruta y el heno inunda los graneros. En este país justo y agradable hay un lago de estofado y otro de whisky. No existen ni palas, ni hachas, ni sierras, ni picos. Fué allí donde «colgaron al estúpido que inventó el trabajo». Todos los guardias del país tienen patas de plomo.

En los mapas topográficos de Cockaigne impresos en el siglo XVII hay ilustraciones de ríos de moscatel, o vacas que dan a luz terneros todos los días, un tradicional lago de leche y miel, músicos que cantan y tocan, gente que duerme en la cama bajo el cartel «cuanto más duermas más ganas». En algunos versos, eslabones de salchichas unen las gigantestas uvas a la parra; en otros, los faisanes asados llegan volando hasta tu boca. Estos países de

La abundancia se diferencian en los tipos de comida y bebida, en cómo éstas se presentan (frecuentemente cayendo de los árboles, o sembradas por el suelo), y en la importancia del castigo impuesto a los que no cumplen con la ley de no trabajar. Pero la facilidad y la abundancia son los términos que caracterizan a todos ellos.

Mientras que el *slogan* de muchos levantamientos del siglo XIX fué pan y trabajo, la fuerza principal de las sublevaciones más importantes y peligrosas fué la idea de tranquilidad y lujo, las sirenas gemelas de la tierra de la abundancia. Cualquiera que tratara de alcanzar el poder necesitaba la ayuda de la gente —existiendo fábricas y ejércitos esa ayuda era necesaria— y sólo tenía que prometerles cualquier forma de Cockaigne. ¿Qué otra cosa podían ofrecer los nuevos hombres de negocios? Era en esto en lo que ellos mismos habían pensado al imaginar cómo vivía la clase gobernante. Casos de éstos son los manifiestos y proclamaciones socialistas de este período, y los demócratas que les precedieron en, aproximadamente, medio siglo. Podemos claramente ver crecer el sentimiento de *invidia*. A principios de este siglo el americano Thorstein Veblen escribió *The Theory of the Leisure Class* (la teoría de la clase ociosa). En ella se ve a la crema de los grupos de negocios de su época tratando de gozar aquello por lo que había luchado toda su vida: la tierra de la abundancia. Habían creído, al igual que Veblen, que los gobernantes y la nobleza vivían allí. No habrían podido comprender la consideración de Marco Aurelio de que incluso en un palacio se podía ser feliz. Al tratar de alcanzarla hacían una oferta para conseguir el apoyo popular, de la única forma que sabían, y tenían razón. El *slogan* de Luis Felipe en 1830, la gran revolución burguesa, había sido «Enrichissez-vous». Los «entrepreneurs» de los países anglosajones también invitaban a todos a hacerse ricos, pues la tierra de Cockaigne (Jauja), del «take-it-easy» (tómalo con calma), de «commodité» es lo mejor que las sociedades comerciales pueden ofrecer a modo de buena vida. Enriquécete, reza la invitación, goza de la vida como lo hacen los nobles y los ricos, ten comodidad y lujo, pero primero trabaja mucho.

La igualdad, proclamada como libertad, se convierte en este esquema en el instrumento de los envidiosos. Ya que si yo tengo que trabajar para conseguir mi paste! tú no debes conseguirlo si no trabajas también. El privilegio es un atropello. La clase ociosa se convierte en el símbolo de los que tienen ocio y lujo sin haber tenido que trabajar para conseguirlos como el resto de nosotros, pobres mortales.

Lo genial del presente mundo industrial es que ha dado a todos, incluso al más desafortunado de los obreros de menor categoría, a aquel que, en lugar de ir hacia arriba y hacia adelante, va hacia abajo y hacia atrás, el senti-

miento de haber casi llegado a alcanzar la tierra de Cockaigne. La comodidad y la abundancia están siempre al alcance de la mano. La gente llegará a tener todo aquello que quiera, y también el ocio. El mundo industrial ha podido mantener vivo ese sentimiento de estar casi traspasando las fronteras de Cockaigne por medio de la amplia distribución de los inventos llamados liberadores de fatiga.

En Estados Unidos, a pesar de todo lo que se diga en sentido contrario, no es verdad que el trabajo manual sea digno de respeto. Allí los trabajos penosos siempre se han reservado para los esclavos, servidores obligados por contrato, y para la última ola de inmigrantes. Los trabajos no manuales siempre han sido preferibles, y considerados como un escalón superior, en realidad una casta superior a la de los trabajos manuales. (Debe hacerse notar que aunque en inglés la palabra «work» —trabajo— se aplica a casi cualquier cosa, se dice «manual labor» —faena o tarea manual— y no «manual work»). Cuando el obrero moderno tiene entre sus manos una máquina, aumenta su propia estimación hasta convertirse en otra clase de ser, un obrero no manual. Los inventos que ahorran un esfuerzo son también altamente apreciados. El dueño de un coche en que apretando un botón suben y bajan las ventanillas se siente durante tres o cuatro meses cual un pachá, y desprecia al pobre tipo que tiene que subir y bajar las ventanillas como un campesino cualquiera. Si pensara en ello, estaría seguro de que las puertas de San Pedro se abren y cierran con células fotoeléctricas.

En el extranjero el americano aplica este criterio dondequiera que ve trabajar sin instrumentos mecánicos. Un campesino es un granjero sin maquinaria agrícola. Un artesano es un pobre obrero manual que hace extraños objetos irregulares. Y recuerda con afecto su país, donde cualquiera que trabajara en semejante forma merecería que le rompieran las dos piernas e igualmente a su patrón.

Mill, debo señalar, dependió mucho de la prudencia política de los mejores elementos, así como, con respecto al tiempo libre, de sus *standards* de gusto. Estos elementos gobernaban a una clase ociosa, muchos de ellos llevaban una vida de ocio. Desgraciadamente para sus ideas Mill no se preocupó demasiado de si la maquinaria electoral por la que él abogaba estaría bien inventada para conservar en el poder a la clase alta. Su idea era la de un pequeño cuerpo ocioso que guiara a un gran cuerpo de trabajadores. ¿Que les guiara a dónde? Evidentemente al nivel de educación política, como él dice, de todo ciudadano ateniense. Ahora bien, Mill sabía que en Atenas además de los ciudadanos había una gran masa de esclavos. ¿Abrigaba en realidad la esperanza de elevar a los trabajadores al nivel de los atenienses, o trataba de encontrar una base sobre la que pudiera decir en lo más profundo de su

corazón que el obrero inglés —si llegara a las urnas— nunca podría ser llamado esclavo?

Fué en ese mundo antiguo que Mill tuvo por modelo donde se encontró por primera vez el ocio. Fué un descubrimiento mediterráneo. No había existido nunca anteriormente, y muy rara vez después.

No tiene gran interés el preguntarnos si los pueblos primitivos tuvieron ocio, o si Oriente, o Egipto o Persia lo conocieron antes de que Jerjes penetrara en Grecia. Los chinos podrían traducir la frase «clase ociosa» por «clase perezosa». No se encuentra un concepto similar en ningún otro país. Lo más cercano es la ascética vida de contemplación. Los griegos no eran ascetas, ni lo era su ideal. Sigue a ésta en aproximación la vida del escriba. Pero el escriba aprendía para poder trabajar. En el lenguaje vulgar «*schole*» parece haber significado tiempo o tiempo disponible. El griego había empleado la palabra para decir «Yo no tengo tiempo para tales cosas». La libertad de la palabra «*schole*», su valor ético, su aire de superioridad, su relación con las artes liberales y la persecución del conocimiento por el conocimiento —todo ello lo añadieron y modelaron con precisión los filósofos, en un jugar entre *schole* y especulación, para formar el ideal clásico de ocio.

Sobre este ideal el mundo moderno tiene menos idea de lo que tuvieron los romanos, un pueblo esencialmente práctico, sin duda.

Los griegos se tomaron muy en serio el tema del ocio. Aunque la palabra ha tenido muchos significados en el lenguaje vulgar, el que le dió su larga vida fué el siguiente: ocio es el estado de verse libre de las necesidades diarias. Cualquier cosa que haga el hombre en este estado lo hará ociosamente. Mientras que en los diccionarios el significado vulgar de este vocablo puede ser muy variado, en filosofía política, y en general en el reino de las ideas, retiene este significado específico. Un hombre ocioso, según Aristóteles y Platón, ese el que dedica lo mejor de sí mismo al Estado; y el que cree que el cultivar su mente, tan importante para el Estado, es la más brillante de todas las actividades, la única a través de la cual el hombre se revela a sí mismo como pariente de los dioses, y en el ejercicio de la cual festeja a los dioses. La política y la religión estaban en el centro del ocio. La diversión nunca domina la escena. Este elemento que muchos escritores de hoy mantienen ser una característica del ocio o del tiempo libre (su ambiente de anticipación de placer, su idea de pasar un buen rato) no entra necesariamente a formar parte del ocio. Lo que hace un hombre cuando no tiene nada que hacer, lo hará porque sí, pero sin pensar que es una diversión o que lo está pasando bien. Puede ser fácil o difícil, agradable o desagradable, puede parecer un trabajo duro, pero lo hace porque quiere y esto es lo importante.

Al no estar dividido por el tiempo, el ocio no sufre la fragmentación que sufre el tiempo libre. En él cualquier comenzar o parar de una actividad es intrínseco, debido al interés del que la desarrolla.

Ahora bien, el trabajo en su sentido moderno es un esfuerzo que se hace para ganarse la vida o mantener una casa. El tiempo libre es lo contrario de trabajo, ausencia temporal de trabajo. Y el recreo en el tiempo libre es una actividad que hace descansar al hombre del trabajo, frecuentemente proporcionándole una variación (distracción, diversión), y le rehace para el trabajo. Pero el ocio tiene tan poco que ver con el trabajo como con el tiempo. Si alguien tiene que trabajar quiere decir que tiene que hacer algo no porque sí, sino por dinero u otra cosa cualquiera. Por consiguiente ello no es ocio. Un hombre ocioso puede, sin embargo, estar atareado en algo que un observador inocente llamaría trabajo duro. La diferencia está en los fines que se persiguen.

La idea del ocio nació en el mundo griego y emigró a Roma. En Séneca converge el pensamiento del mundo greco-romano. Cuatro siglos, del segundo al sexto, sintieron la influencia de su fusión al pensamiento estoico con los escritores griegos sobre el ocio y la contemplación. Ambas, la poesía y la prosa, se aprovechan de ello. El emperador Juliano, el último gran defensor de los ideales paganos, declaró solemnemente que cualquiera que trate de persuadirnos de que la vida filosófica, esto es, la vida de ocio y contemplación, no es superior a todo lo demás, está tratando de engañarnos. Hemos alcanzado el punto, en realidad hemos ido más allá de él, en que el camino nos lleva de nuevo a Platón, y de allí, y a través de Plotino, penetra en el cristianismo y el monasticismo. Aquí se escogió el elemento contemplativo. Mas el ocio, con parte de sí mismo retirada a los monasterios, no abandonó el huerto por el claustro. El ideal ha tenido una enorme influencia secular. Una corriente corre por los estoicos, pues vivían como si fueran epicúreos, y penetra en Cicerón y Séneca que más tarde pasan hacia el norte hasta entrar en las escuelas inglesas, dejando su sello en el inglés, y, en parte también, pero una menor parte, en el carácter del americano. Otra corriente ayudó a formar la idea de las artes liberales a partir de la de la cultura general.

El faro del pensamiento y el saber greco-romano nunca se apagó, claro está, e hizo arder su llama con máximo brillo en Italia. Sin embargo, en el norte osciló débilmente durante mucho tiempo. Los países y las lenguas mediterráneas no sólo descubrieron el ocio, sino que lo salvaron de su extinción. A la caída de Roma, e incluso antes, se aficionó a los monasterios convertidos en el ideal de contemplación y fué hacia el este y el oeste. En su camino occidental, que es el que ahora nos interesa, llegó por el norte, con los monjes civilizadores, hasta Gran Bretaña, y finalmente, a las colonias. En la Nueva

España, como en el resto de Europa, los jesuitas tuvieron una importante influencia. Ultimamente el siglo XIX supuso una peligrosa amenaza. Pero hasta finales del XVIII, la tradición del ocio continuó con fuerza. Incluso en América no murió completamente, pero los ideales del siglo XVIII se derrumbaron allí con sorprendente precipitación. La antipatía por los monjes y las ideas monásticas, en especial las de los jesuitas, en las dos Inglaterras, la Nueva y la Vieja, nos pueden servir de clave. El ideal del ocio estaba unido a los estudios clásicos y el conocimiento del latín y el griego. Al no haber acceso a estas dos lenguas en la época que estamos tratando, había poco acceso a las ideas que ellos personificaban. Muy pocas obras habían sido traducidas en el momento en que comenzó la nueva Era.

Hoy día está tan debilitado este concepto que los residentes del mundo moderno confunden frecuentemente el ideal del ocio de la cultura mediterránea con la práctica de la siesta. En el extranjero están prontos a escribir sobre el país no industrializado que están visitando como de una tierra de ocio. Cometan la equivocación de creer que un país con un tiempo menos preciso que el de ellos es un lugar de suave indolencia. Puede no ser verdad esto. Una condición indispensable del ocio es un sentido del tiempo distinto del moderno. El ocio no es sino eso. En una zona agrícola caliente, tomemos Yucatán como ejemplo, el turista que pasee al mediodía no verá trabajar a nadie hasta las tres o las cuatro y se quedará pensando en lo bonito que es vagar y dormir la siesta todos los días. Esa gente que el turista ve dormir estaba ya levantada cuando él aun seguía en los brazos de Morfeo, mucho antes de amanecer. Los campesinos trabajan duramente por todas partes. La diferencia reside en que ellos trabajan más de acuerdo con los límites de la luz natural, del clima y del apetito. Esto es suficiente para dar al mundo moderno la idea de que tienen ocio. Maíz para tortillas y un lugar para mecerse en su hamaca, es esto todo lo que necesitan y quieren. Para el turista moderno esto es una vida ociosa. Una vez que el turista pasa de la zona rural a la urbana, de las tortillas y hamacas del Yucatán rural a las ruinas de Chichen Itzá debería cambiar de idea. Ya no puede seguir pensando que los antiguos mayas se contentaban con hamacas y tortillas de maíz.

No hay duda de que el mundo moderno ha alcanzado otro nivel de vida. El que ésta sea una buena vida es otro asunto diferente. Está claro lo que sigue: es una vida sin lugar para el ocio. Algunos dirán que el sentido de un tiempo abundante y sin horarios es innecesario, pero mientras que para el tiempo libre bastan pedazos de tiempo de reloj, para el ocio no son suficiente, ya que el ocio no son horas libres de trabajo, ni siquiera fines de semana o meses de vacaciones o años de retiro. El ocio es el estado de verse li-

bre de las necesidades diarias y las actividades del ocio son aquellas a las que uno se dedicaría por su propio gusto.

El tiempo libre y las actividades de recreo de la Era moderna no debieran ser criticadas por lo que no son. No parecen peores que los circos de Roma, la salida del obrero parisino con su mujer al café cantante, las peleas periódicas en el Ponte di Pugni de Venecia, las luchas de gallos de México, los dramas de posesión de Ghana, o las playas plagadas de ingleses de Brighton.

Ninguna civilización ha visto participar a todos, ni siquiera a una mayoría, en los mejores *standards* de gusto, o en esas actividades de la mente que revelan la presencia del ocio. Típicamente la mayoría presenta un espectáculo de actividades de tiempo libre semejante al de nuestros días. La vieja Grecia, donde el ideal llegó a su cumbre, la antigua Roma con sus siglos de paz; la República de Venecia, que se llamó la Serenissima; la Florencia de Brunelleschi; el centro del Renacimiento, todas ellas se nos presentan con sólo unos pocos capaces de disfrutar del ocio. No tenemos por qué decir que esto sea malo o que los placeres populares en el tiempo libre sean reprochables. ¿Por qué ser aguafiestas? Las cosas son como son.

Pero sí hay algo malo en no tener ocio. El hombre, lo mismo en su búsqueda de recreo que en su construcción y trabajo, imita lo que tiene a su alrededor. Por consiguiente, es importante que su ambiente sea bello y digno. En una democracia igualadora es difícil encontrar un nivel medio, una norma que no sea ordinaria, ya que ésta pide al hombre que estaría muy bien como aprendiz que lleve el sombrero del creador. Lo que se aprende en la escuela y en los libros, sobre todo en la enseñanza en gran escala, tiene que ser superficial. El resultado es que en esas épocas en que había que elevar hasta el máximo el nivel cultural de la gente, se baja cualquier nivel existente hasta la mediocridad, un nivel tan bajo que el trabajo de un artesano—cuando han conseguido sobrevivir— se cataloga como arte.

Los grandes beneficios que el ocio reporta al hombre son tres: facultad creadora, verdad y libertad. Puedo introducir el tema de la facultad creadora volviendo a los fundadores de los Estados Unidos. Aunque dejemos aparte la belleza y el poder de su literatura o la valentía de su lucha aun queda algo de qué maravillarnos: Para los que hicieron el país la buena vida era la vida del ocio. Creían esto y fué así como vivieron mientras les fué posible. (Tras ellos no pudo volver a florecer una clase ociosa). Ellos eran de lo mejor en todos aspectos: hombres con cientos de ideas, un poco radicales, anti-democráticos, con mil intereses y vidas interesantes, ellos, los padres del país, no tuvieron hijos. Los hombres de Estado americanos que les siguieron no se distinguieron por sus dotes intelectuales. Comparados con ellos Lincoln, un hombre de corazón, se queda en gran orador. Hasta hoy, aunque Estados

Unidos ha dado a luz algunos remendones geniales, no ha producido ningún científico teórico. Los extranjeros se han calzado las botas de siete leguas. La brillante capacidad teórica de los fundadores desapareció con su ocio.

La facultad creadora en las ciencias, en el arte, si ha de venir, vendrá del ocio. Deberá ser el ocio verdadero, no otra cosa, como el tiempo libre, el descanso o el recreo.

La vida ociosa, según los antiguos, no conduce solamente a la facultad creadora, sino también a la sabiduría. La contemplación en el ocio fué para Platón, Aristóteles y Epicuro el mejor camino para llegar a la verdad. El contemplador mira el mundo y al hombre con los ojos tranquilos de quien no tiene un designio sobre ellos. En un sentido se siente cercano a toda la naturaleza. No siente la separación agresiva, o la soledad sin sentimiento que viene de escudriñar a hombres y objetos con voluntad de explotación. En otro sentido está verdaderamente separado, porque no mira a ninguno de ellos con la intención de manejarlos, controlarlos o cambiarlos, ya sean hombres, bestias o la Naturaleza. Quienquiera que mire el mundo con una intención, que desee someter o seducir a otros, ganar dinero, alcanzar la fama, no puede ver más allá. Este fin deformará su visión, pero él ni siquiera notará que su vista está falseada. Tomemos un mecánico o cualquier otro que tenga que trabajar para comer. Tiene que vigilar su trabajo, sus herramientas y a su patrón, quien ha logrado abandonar el trabajo penoso y calcular como vender mejor sus productos o sus servicios y que se ve envuelto en una vana ráfaga de actividades que no le llevan a ningún lugar. ¿Cómo podrá ver la verdad y extenderla hasta los horizontes que alcanza la vista humana?

Nos encontramos ante una radical teoría de separación. Comparada con esto la ciencia moderna no parece muy seria con respecto a la objetividad.

He hablado de la facultad creadora y de la verdad, pero no de la libertad. El cultivo de la mente en el ocio no puede ocurrir más que a una persona que esté libre de toda necesidad diaria.

Algo más para mostrar cuán profundamente penetran los beneficios del ocio. La falta de libertad del mundo del trabajo diario, no debemos olvidarlo, lleva a una dependencia de ese mundo. Cualquiera que dependa de él —¿quién no depende de él en el mundo moderno?— está dedicado a él, lo que le lleva a no poder levantar la cabeza y mirar libremente a su alrededor. Incluso si lo pudiera hacer no podría decir lo que ve. Al depender de su trabajo diario —ya ocupe el lugar más alto o el más bajo— siempre tendrá razones para cerrar la boca. El decir lo que se piensa desaparece al desaparecer la propiedad y con ella desaparecen los libres de necesidad. El presumir de libertad de palabra y de opinión en el mundo moderno tiene muy poco sen-

tido si no existen las condiciones para que se pueda descubrir algo que no sean verdades triviales y para que se pueda decir algo que no sea lo que reclama ese mundo práctico del trabajo diario.

El mundo industrial no puede ofrecer ese tipo de libertad que se tiene en el ocio. Demasiadas personas inteligentes han creído y aun creen que la libertad es un lujo. Sin embargo, si se les quita a los menos y se les da a los más, el resultado será siempre una ganancia. Dejemos a un lado el tema de la restricción de libertad que supone el quitar. ¿Qué es lo que el mundo moderno está dando a los más? Con seguridad no ese mismo encontrarse libre de necesidad, cuando todos dependen tanto de su trabajo que sin él se es un repudiado y un muerto de hambre. Ha desaparecido la posibilidad de cultivar el espíritu, de ver el mundo con cierta claridad de ser receptivo para la inspiración y sensible a la belleza. La Era moderna se lo ha quitado —y esto para su remordimiento— no a unos pocos que no cuentan, sino a todos.

La vida de ocio lleva a una mayor sensibilidad no para la verdad, sino también para la belleza, para la maravilla del hombre y la Naturaleza, para su contemplación y recreación en palabra o cantar, barro, colores o piedra. El artista, como el pensador, es un hijo de la calma. Debe poder separarse del mundo cotidiano y si no las ideas e imágenes no llegarán nunca a su mente.

En cuanto que al hombre le es dado aprender acerca de él y de su relación con el universo, es ésta la forma en que aprende. La verdad es un tema de moral, la belleza también. El que las busca se encuentra metido en una investigación religiosa y lo que encuentra son materias de religión o política.

Un mundo sin ocio se convierte en un mundo sin belleza y sin fuerza creadora. Y sin libertad en el sentido más amplio de la palabra. ¿Es que el mundo moderno está destinado a seguir siendo un mundo feo, sin verdades nuevas, sin verdadera libertad?

Para que exista el hombre ocioso, la persona que por su natural disposición se recrea en cultivar su mente y está libre del estado de necesidad, el país tendrá que haber construído, por lo menos, un pequeño excedente. Esto no es algo tan escaso. Casi todas las comunidades, incluso las más primitivas, tienen margen suficiente para mantener a una clase sacerdotal. Si ha habido alguna vez un estado en la vida de la humanidad en que cada cual tuviera que cavar todo el día por su comida, ese pasado se ha perdido en la geología. Una clase ociosa, para desarrollarse, tiene que vivir donde existan credos políticos y religiosos que den mucha importancia al cultivo de las ideas. Si se sostiene que la contemplación, el estudio, la meditación y la especulación son pasatiempo de incompetentes, la comunidad será hostil, flagrante y sutilmente, a los que viven para esto.

El siguiente paso es vital: ni las doctrinas políticas ni las religiosas de-

ben insistir en que todos trabajen para ganarse la vida. Toda forma de gobierno tiene una doctrina de igualdad, muy parecida a la que tiene toda religión. En un sentido todos los miembros de un país se reconocen como de una misma línea y, por consiguiente, iguales en esa importante característica. Una ideología no se para ahí, sino que continúa prescribiendo igualdades ante la ley de Dios o del hombre. Si esta doctrina de igualdad se aplica al trabajo impedirá el crecimiento del ocio. La idea de la persecución de la felicidad que nació de la variadas y libres búsquedas del hombre ocioso, viene a significar en las manos del siglo XIX no otra cosa que la persecución del trabajo. Sin tener en cuenta cómo llegamos a pensar en el trabajo como el sello del hombre libre, mientras que en el ideal del ocio se convierte en prostitución, en el doblegamiento de la mente y cuerpo para ser alquilados.

En una democracia industrial y en el socialismo los que merecen son los que trabajan. El tiempo libre es uno de sus premios. Un hombre que no puede trabajar, no puede tener tiempo libre. Será viejo o parado, estará enfermo o encarcelado. La democracia y el socialismo combinan el deber universal del trabajar (o el paradójico «derecho» al trabajo) con la doctrina de la igualdad, convirtiendo así a todo ser no sólo en un trabajador, sino también en beneficiario del tiempo libre. Todos los trabajadores lo tienen. Nadie lo consigue sin trabajar (por consiguiente no hay una clase ociosa) y nadie tiene derecho a tener más que los demás.

Hasta ahora, en el mundo moderno, el trabajo no presenta señales de ir a desaparecer. En religión, política, economía, militar y mentalmente aún se piensa que trabajar es mejor que hacer cada cual lo que quiera. Aunque todas estas justificaciones se han ido debilitando, el hábito del trabajo y su prestigio en el mundo persisten.

Los seres que salen al trabajo por la mañana y vuelven por la noche son aún los pilares de la sociedad y la sociedad es aún su pilar, en cuanto que los mantiene. No puede haber ocio si se construye una sociedad en torno al trabajo; el resultado será la Sociedad del Trabajo.

Sin embargo, el mundo, ya sea el moderno o el antiguo, todo mundo está eternamente dividido en dos clases, no dos o tres o veinte. Exactamente dos. Una es la gran mayoría, la otra es la ociosa, no la de los ricos o los herederos, sino la de aquellos que aman las ideas y la imaginación. Entre toda la masa humana hay unos pocos bendecidos o atormentados por este amor. Pueden ya trabajar, o robar, o coquetear, o luchar como todos los demás, pero todo aquello que hacen estará tocado por el fuego del pensamiento. Pueden ser científicos en un siglo, teólogos en otro, en otro bardos, cualquiera que sea la categoría que los garantiza, la libertad de dejar que sus mentes jueguen. Son ellos quienes inventan las historias, crean los cosmos,

descubren cuanta verdad puede descubrir el humano y a él le dan la mejor parte de su verdad y de su error. Es este selecto mundillo de pensadores, artistas y músicos —no necesariamente en relación los unos con los otros— el que halla su felicidad en aquello que hace, que no puede hacer ninguna otra cosa, su genio no se lo permitirá.

De esta forma, unos poquísimos creen hoy que su mundo moderno necesita una nueva organización de la vida y que la única esperanza está en el ocio a la manera clásica. Creen que se necesita más que comida prefabricada, máquinas llenas de trucos y productos hábilmente diseñados. Piensan que se necesitan ideas, que todo hombre necesita vivir en la belleza.

Incluso hoy hay alguna señal de que puede llegar su día: comienzos de una depreciación del poder del hombre en el ejército y en la fábrica, disminución del prestigio de la máquina, intrusión de ideas de una educación desigual, la pregunta filosófica acerca del tiempo —señales, por débiles que sean, de que Estados Unidos está yendo hacia una vida en la que pueda ser posible el ocio, señales de que a través de todo el país se extiende un gran hambre tras un tan largo período de pobreza de espíritu— Aristóteles dijo que el Estado nació para hacer posible la vida, pero que sigue existiendo para gozar de una buena vida.

Bajo la Era moderna se está produciendo un fuerte cambio de substratos, todo un modelo de obligaciones y placeres está pidiendo que algo nuevo venga a sustituirlo. Si allí hubiera una mayor tradición de ocio, podríamos tener más confianza en que se instalaría donde debiera estar hace mucho tiempo: en el segundo estadio del Estado, en vivir una vida de *buena calidad*. Quizás este largo estado de sitio hará posible que el mundo moderno sueñe mejor, y soñando mejor, construya con arte e inteligencia.

SEBASTIÁN DE GRAZIA

## R É S U M É

*Ce qui caractérise le monde moderne est le fait que ce monde est industrialisé. Les pays non industriels peuvent être groupés de différentes façons mais ne sauraient l'être sous le seul titre de "modernes" et tous, d'ailleurs, visent à rattraper les plus avancés, c'est à dire, les pays industrialisés.*

*Cette industrialisation, quels changements a-t-elle entraînés dans notre façon de vivre? L'auteur de cet article entreprend l'analyse de ces changements dans trois aspects très importants de la vie: travail, temps, loisirs.*

*De l'époque classique à nos jours, ces trois concepts ont changé d'une*

*manière perceptible. La conception du travail a évolué à travers l'Antiquité, le Moyen Age et la Renaissance: on ne le considère plus comme une malédiction divine, ou comme quelque chose d'inné pour certaines classes sociales, et c'est qu'une personne, riche ou pauvre, ne travaille pas, ce qui est inconcevable de nos jours.*

*L'idée du temps a changé elle aussi. Nous sommes tous, à présent, assujettis au temps: les choses doivent être faites à une heure déterminée et des millions de personnes ne peuvent pas échapper à l'emprise du temps.*

*Lorsque l'homme fait relâche dans son travail, il a alors des loisirs. Qu'en fait-il? Les loisirs, l'oisiveté des anciens, signifiait pour eux s'adonner à la philosophie, à la politique, à la théologie. Le monde moderne, lui, emploie ses loisirs devant le poste de télévision, à se réunir avec des amis, à aller au cinéma, à faire ce qu'on ne peut pas faire le reste du jour ou de la semaine. C'est l'absence temporaire de travail. C'est la conception des loisirs engendrée par l'industrialisation. L'industrialisation nous a valu un niveau de vie supérieur, mais la vie, par contre, a perdu beaucoup de sa qualité. Un monde sans loisirs, entendus dans le sens classique, devient un monde sans beauté et sans force créatrice. Et aussi un monde sans liberté dans les sens le plus ample de ce mot.*

## S U M M A R Y

*The modern world is characterized as being an industrialized world. Non-industrial countries can be grouped together in many ways, but never under the title of "modern". They all tend to reach the more advanced, industrialized countries.*

*In what way has this industrialization changed the way of living of our world? The writer of this article makes an analysis of the change from three important facets of life: work, time and leisure.*

*The three concepts have perceptibly changed from classic times to nowadays. Throughout the ancient world, the Middle Ages, the Renaissances, etc., the concept of work has changed; it is no longer considered a divine curse, or as something innate to determined social classes. Nowadays it is incomprehensible that anyone, rich or poor, does not work. In the same way the concept of time is different. Nowadays we are ruled by the clock; things have to be done in determined lengths of time and millions of people cannot get out of this time. When man does not work, he has "free" time. What does he do in this leisure hours? Leisure in olden times meant dedication your time to philosophy, politics, theology. Leisure in the modern world means*

*watching television, gathering together with friends, going to the cinema, doing what cannot be done during the rest of the day or week. It means the temporary absence of work. That is the concept of leisure that industrialization has brought along. We have a higher standard of living but the quality of that living is poorer. A world without leisure, in the classic sense, is converted into a world without beauty and lacking creative strength. Without freedom in the widest sense of the word.*